

PROCESION DEL MIERCOLES.

Aquí me tienes lector; pluma en mano y dispuesto á describirte minuciosamente las pasadas fiestas de Semana Santa. Un año ha trascurrido, un año ha que por vez primera te hablé de procesiones; pues bien, desde entonces, de tal manera me aficioné á esta clase de trabajos, que, francamente, al no hacerlo en el presente año, hubiera experimentado uno de los más extraordinarios pesares.

Quizá no ignores quien soy, por lo que puedes formarte de antemano una idea, siquiera sea aproximada, del escaso mérito que necesariamente ha de tener mi humilde y desaliñada revista.....

Pero dejémosnos de cuentos y vamos al grano, á lo más esencial, al objeto que nos ha impulsado á coger la pluma.

Lector querido: disponte á leer. Quiero hablarte de los californios, de esos célebres y entusiastas procesionistas, los cuales á medida que transcurren los años, van haciéndose más acreedores á la fama universal de que gozan y eternamente Dios les conserve.

El aspecto que presentaba el horizonte en la noche del martes era poco tranquilizador. Los preparativos del tiempo eran fatales. Una cascada continua y menuda lluvia que nos regaló el cielo, no parecía otra cosa sino que aspiraba á marchitar las risueñas ilusiones que se forjaba nuestra mente.

Por fin amanece el miércoles y la alfombra infinita que sirve de techo á la humanidad, se presenta á nuestra vista despojada de aquellos negros y temibles crepones que tan tristes temores nos hicieron sentir. Alguna que otra pasajera nubecilla cruzaba con lentitud el ancho espacio.

Febo, el bellissimo astro solar se presentó en el firmamento con todo su esplendor, ofreciendo á nuestra contemplación sus galas más deslumbradoras.

¿Quién había de imaginar que el risueño aspecto de tan hermoso día hubiera de sufrir un cambio tan rápido como desagradable?

Pero la naturaleza quiso asustarnos nuevamente y el cielo volvió á cubrirse, como la noche anterior, de espesas é imponentes nubarrones que ántes de ocultarse el sol tras las elevadas montañas que circundan á Cartagena, estuvieron dándonos, como vulgarmente se dice, la guayaba.

Era una tarde del mes de Abril; día, el nueve; hora, las dos, y los dulces acordes de la popular y célebre marcha de los judíos, dejábanse ya oír por todas partes. Desde este momento, más veloz que una locomotora, cerro en busca de los centuriones. Les encontré, me uní á la inmensa comitiva que les seguía y heme ya, apreciable lector, presenciando las ceremonias de ordenanza verificadas al abandonar su palacio algun importante personaje del tercio de soldados roma-

nos. Sin descuido seguí tras ellos hasta llegar á las inmediaciones de la régia morada de Poncio Pilatos. Tan ilustre Pretor ha trasladado este año su domicilio á la plaza de la Constitución. Allí se verificó el prólogo, llamémosle así, ó mejor dicho, la esencia de estas fiestas religiosas. El fallecido Gobernador de la Judea se presentó á las cinco en el balcón del pretorio, y entre la lluvia que nos regalaba el cielo, hizo al pueblo las cortesías que marca la ley, hasta que salió terminada su gravísima misión, megestuosamente á tomar puesto en tres sillas, y reunidos se dirigieron hácia el templo parroquial de Sta. Maria de Gracia. Aquí abandoné los guardias pretorianos con el sano objeto de dar un pisoteo por la carrera que había de seguir la procesión ¿qué dije? ¿tar un paso? Esto era un poco ménos que imposible ¡qué multitud de gente! Sres.: sitio había por donde ni los victoriosos ejércitos de Carlos 1.º y Felipe 2.º hubiesen logrado dispersar la enorme masa humana que invadía por completo varios puntos de la carrera. ¡Qué animación! ¡qué entusiasmo! y al mismo tiempo ¡qué orden! Las aceras hallábanse ocupadas por multitud de sillas, bancos y otros arminículos que habían de servir para descansar una pequeña parte de los espectadores.

Después de innumerables pisotones y otros extrujamientos accesorios, terminé mi revista de inspección. En el transcurso de esta ¡cuántas cosas buenas pude admirar! ¡qué rostros tan encantadores! ¡qué mujeres tan bellas!

¡Ah! Cartagena posee verdaderamente un tesoro inapreciable de hermosas mujeres. Por eso no extrañen que abunden tanto los tenorios en esta tierra.

Tuve por conveniente asentar mis reales en la calle de la Marina Española. Allí esperé la procesión que empezó su carrera á las 7 de la noche. A esta hora el horizonte se hallaba despejado, pequeñas y finísimas gasas permanecían tranquilas en el espacio; la luna, esa lámpara bellísima de la noche, testigo fué también del religioso acto que se verificaba.

Como siempre, cuatro individuos y un cabo del benemérito cuerpo de la Guardia Civil, marchaban á la cabeza de la procesión, siguiendo los tercios y pasos en el orden siguiente:

Granaderos, Samaritana, Cena, Oración del Huerto, Osculo, Guardia pretoriana, Prendimiento, S. Juan, Santiago, Bocina de S. Pedro, S. Pedro y la Virgen.

Creo inútil é innecesario, lector, ocuparme en detalla. La construcción y forma de los tronos, por ser estos ya conocidos de todos.

Sobre modificaciones ¿que te diré? únicamente uno de ellos ha sufrido variación; el paso de S. Pedro, de cuyo bien combinado cartelaje pendían caprichosos colgantes de cuentas doradas, se ha presentado á nuestra vista despojado de aquellas,

habiéndose colocado en su lugar bonitos prismas de cristal. Esta modificación la creo muy acertada; pues al perspectiva que ofrece el trono, es ciertamente más agradable.

De los demás tronos, exceptuando el de Santiago, diré una vez más que tanto su construcción como su adorno, satisfacen por completo al más exigente y demuestran el exquisito gusto de la entusiasta Cofradía del Prendimiento. Pero merecen especial mención el de la Samaritana y el de la Virgen. Allí, allí, si que están hermanados con profusión el buen gusto, la suntuosidad y al mismo tiempo, no se si me atreva á decir que también la sencillez. ¡Ah! el golpe de vista que ambos pasos presentaban era magnífico, sorprenden.

El mérito de los referidos tronos unido á las elegantes y ricas vestiduras de las bellísimas imágenes, forman un conjunto que muy bien podría servir de modelo para otros.

Con las glorias se olvidan las memorias; me entusiasmo pues, hablando de los últimamente referidos tronos sin haber dicho una sola palabra de los granaderos y judíos. Estos vestían los mismos uniformes que el año anterior. Los primeros antiguos soldados de artillería de marina, que tan notablemente contribuyeron al mejor lucimiento de nuestras famosas procesiones, iba precedido de su correspondiente escuadra de gasadores, formada por nueve distinguidos jóvenes de esta ciudad, los cuales han demostrado sentir un verdadero entusiasmo procesionista, si quiera sea en atención á las penalidades que les ocasionaba las bien construidas armas de acero que soportaban y cuyo peso es enorme por demás.

En este mismo tercio vimos también la unidad de niños, ó mejor dicho, granaderos en miniatura, que por sus airoso movimientos llamaron la atención de los espectadores.

La Guardia pretoriana, esos imitadores de los que ejecutaron en la cima del Calvario las horribles escenas de todos conocidas, iban también acompañados por multitud de entusiastas criaturas, mereciendo entre ellas, que hagamos especial mención del pequeñito y gracioso capitán de volantes.

Dije anteriormente que nada se me ocurría decir respecto á los tronos exceptuando el de Santiago. Pues apesar de ser la construcción de este paso muy elegante y de mucho efecto, desapareciendo (y no tomeis californios, esto como ofensa) las flores que cubren el cartelaje del segundo cuerpo y poniendo en su lugar otras de mejor gusto, sería muy distinto y más agradable el aspecto que ofreciera.

Volviendo á la procesión, aplaudo y conviengo todos los espectadores, el que se haya aligerado algun tanto su marcha, hasta el punto de no permanecer en la calle más de cinco horas y media.

Californios; os dirijo también mu-

chas alabanzas porque veo en vosotros cierto ardor procesionista y cierta actividad que os acredita como dignos descendientes de vuestros antepasados. ¿No es verdad lector que se merecen eso y mucho..... mucho más.....

Trau.... riiplau..... riiplau ¡hay lector aquí doy fiid No sigo. Son las doce de la noche del jueves y ya la llamada va reclutando á su gente. Pre paremonos para ver las procesiones Marrajas y hasta el lunes si el tiempo y el cansancio no me rinde.

Manuel Gonzalez.

CRONICA.

Todo el mundo conoce el sistema de la digestión. Los alimentos son digeridos en el estómago por la sustancia llamada *pepsina* que, en unión del ácido láctico, los transforma en *peptona*, es decir en la fuente nutritiva de los músculos, los huesos y la carne. Cuando falta la *pepsina* ó está alterada en su composición, no hay digestión, ni asimilación posible y los desórdenes más graves se producen, dolores de estómago, *gastralgias*, *pituitas*, *enflaquecimiento*, etc. Claro está que introduciendo en el estómago la *pepsina* que necesita, las dolencias desaparecen en breve, y este es el efecto del *Elixir de Pepsina de Grimault y Cia* tan estimado entre las celebridades medicales.

La marca de fábrica, la firma de Grimault y Cia y el sello azul del gobierno francés sirven de garantía á este producto.

En estos días de Semana Santa, han caído sobre esta ciudad una nube de mendigos, que en todas partes se hallan, y apesar de las órdenes dadas por el Sr. Alcalde, ningun agente de la autoridad se ha tomado la molestia de hacerles marchar de Cartagena á los pueblos de su naturaleza, pues aquí bastante tenemos con los que existen y justo es, que cada pueblo socorra á los suyos.

Mañana tendrán lugar en el Circo Gallístico varias peleas de gallos.

Victima de una penosa enfermedad ha fallecido en la madrugada de hoy, el niño Diego de Tapia y Briz; esta tarde á las 5 ha tenido lugar el sepelio.

Por tan sensible pérdida enviamos á la apreciable familia del finado, nuestro pésame.

En la noche del jueves, se extravió un collar de oro, por las calles Mayor, Puerta de Murcia y Carmen. El que se lo haya encontrado puede entregarlo en la redacción de este periódico.

Ha muerto en Ecija á la edad de setenta y cinco años, un jornalero llamado Juan Antonio Dublino Lamuss, que en su matrimonio con Maria Cornejo Vera, ha tenido veinte y siete hijos, 17 varones y 10 hembras.